

BEGOÑA ARANGUREN NIÑO MAL DE CASA BIEN

El último gozador del siglo xx



Índice

Portada
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*A José Luis de Vilallonga,
mi marido, mi amante y mi amigo*

Capítulo 1

—Jaime, ¿cuántas personas auténticamente pobres habrá en el mundo? —preguntó tu abuela a tu padre.

—No tengo idea, mamá —contestó él, incómodo, mientras les era servida la mesa por un criado y dos doncellas.

—Sabía que no recabaría información ninguna de tu parte. Para conseguirlo parece que habría que utilizar un sacacorchos.

—No es eso, mamá...

Tu abuela apenas permitió una suave queja de su hijo e insistió con la crudeza con la que, habitualmente, se despachaba:

—Pero, concretando, ¿cuántos pobres calculas que puede haber en Europa en la actualidad?

—Muchos, madre.

—Decir eso y nada es todo lo mismo. ¡Dios no te otorgó el don de la conversación! —murmuró ella con desdén.

—Creo, madre, que el número es tan elevado que rozará el ochenta por ciento.

—Me resulta suficiente el dato que me proporcionas. Ahora, en ese caso, debo decir que el desprecio que los pobres me inspiran es inconmensurable.

—¿Inconmensurable? —Tu padre, siempre tan ingenuo.

—Eso he dicho y lo mantengo. Si en el Viejo Continente, por poner sólo un ejemplo de la parte más afortunada de la tierra, los ricos somos tan pocos y ellos lo consienten,

si no se rebelan y se hacen con nuestras propiedades, sólo puedo pensar una cosa: además de pobres, son idiotas redomados.

No me resulta extraño imaginarte muy incómodo en ese ambiente tan desconcertante y brutal. Por otro lado, tu abuela fue una mujer que, a su manera, te quiso como pocas personas lo han hecho. Te prestó la atención que tú requerías y que tus padres no estaban capacitados para darte. Ellos se hallaban, por entonces, demasiado ocupados en brillar en su intensa vida social, en trepar en el escalafón de la carrera militar de tu progenitor o en procurar vivir a lo grande, para lo que aún no contaban con los suficientes medios... A veces llegaban, incluso, a impacientarse, ya que todo estaba previsto para que, antes o después, él heredara a su madre. Entonces, pasaría a ser un hombre de muchos posibles y contaría, asimismo, con la suerte de convertirse en un ciudadano autónomo. Algo de lo que no había podido ejercer hasta el momento.

Conozco las cartas que jugaste para salir corriendo de aquel ambiente y las consecuencias que hacerlo trajo consigo. Te lanzaste a vivir de manera compulsiva, exprimiendo la vida sin tener en cuenta más que tus apetencias y un deseo: el de demostrar a todos aquellos que habían cuestionado tu valía —sólo porque no estabas dispuesto a dejarte organizar tu futuro— que eras un hombre de provecho. Muy lejano al señorito que, por más que se empeñe el universo entero, nunca fuiste. Valías para cosas diferentes a aquellas que ellos consideraban imprescindibles. De manera oficial, llevar a cabo un trabajillo de poca monta con el fin de justificar tu existencia y, extraoficialmente, afrontarla haciendo deporte, acostándote con unas y otras, o permaneciendo sentado en una butaca con un libro en las manos y mucha solemnidad, como hacían por entonces casi todos los de tu casta. Así, resultaba inconciliable vuestra apreciación de lo que era y no era una persona formal, de fundamento.

Como el hombre inseguro que fuiste, comenzaste llevando a efecto un inimaginable disparate. Tu obsesión no era sino contentar a los tuyos y hacer lo que era considerado como una buena boda. Pensaste que, de este modo, aprobarían tu manera de estar en el mundo y llevaste a cabo un acto execrable no exento de una gran dosis de cinismo filosófico. Además, de nada te sirvió contraer matrimonio con la ahijada de don Alfonso de Orleans y Borbón — primo de don Alfonso XIII, rey de España, entonces en el exilio— y de su esposa, la princesa Beatriz de Sajonia-Coburgo-Gotha, prima, a su vez, de doña Victoria Eugenia. Esto se justificaba, en una primera y bondadosa versión, por la amistad que el matrimonio mantenía con los barones de Seaford, padres de Priscilla, tu primera mujer. Las malas lenguas difundieron otra eventualidad menos oficial y muy dañina: Pip sería hija del barón de Seaford —una de las fortunas más linajudas de Inglaterra— y de quien fuera su amante, la princesa Beatriz de Sajonia-Coburgo-Gotha, conocida familiarmente como Bee.

Teniendo en cuenta los chismes que, por entonces, se cruzaron en ambas direcciones, ese esfuerzo tuyo por conseguir la aprobación de tu familia resultó doloroso y baldío. A ellos no les impresionó en absoluto tu enlace matrimonial. Tanto es así que no se dignaron acudir a Sanlúcar de Barrameda, donde se celebró la ceremonia.

Una boda que ellos interpretaron como una burda encerrona a la que sucumbiste como lo hace cualquier débil mental. Y tú lo que tenías es la legítima ambición —por no llamarlo «necesidad»— de que, al hacerlo, tu madre te valorara al fin. Resulta muy doloroso ver cómo te traicionaron tus veinte años de inexperiencia —todas las mujeres somos imprevisibles, y tu madre, al parecer, más que ninguna otra—. Sólo puede calificarse de dramático tu error de juventud.

A partir de entonces te viste obligado a volar para siempre tocado de ala y, de paso, te cargaste la vida de una pobre mujer que no cometió más delito que enamorarse de ti. Alguien a quien nunca quisiste; y, pasado el tiempo, tuviste el coraje de reconocerte como su verdugo. Eres, mi querido J. L., la representación del más brillante triunfador digno de lástima. Y es que fue éste el principio de un sinfín de bajezas de altura que acabarías por cometer a lo largo de tu vida.

Son muchas las cosas que nos han unido. Cosas que tantas personas no han creído ni creerán nunca. ¿Qué importa? Ni tú ni yo nacimos para ser comprendidos o aceptados por ninguna mayoría. ¿Quién en su sano juicio aceptaría que nos unieron la timidez, la autodefensa para evitar el sufrimiento y el desdén? ¡Debíamos evitar que el desamor ajeno pudiera herirnos de muerte!... A la vez —el nexo vinculante entre ambos no dejó nunca de ser contradictorio—, compartimos la ira que nos produce la soberbia de los poderosos. Algo que nos impide ir por el mundo haciendo amigos, pero de lo que estoy muy orgullosa. No seré yo quien jure a nadie que no fuiste un canalla. Pero de buen corazón.

Un parejo sentido del humor acercaba, aún más, nuestras dos almas. Me refiero al humor sin el que me cuesta tanto seguir viviendo. El que tiene como primordial cometido ridiculizar a todo aquel que se toma a sí mismo demasiado en serio. ¡Son legión!... Y yo sin poderlo comentar contigo. Tampoco con esas otras personas que fueron importantes para mí y que desaparecieron en los últimos tiempos. Esta realidad me procura la terrible certeza de que sois ya muchos más los que me habéis querido y no estáis que los que dicen quererme y por aquí siguen. No me emociona —salvo honrosas excepciones— el cariño que los que quedan supuestamente me profesan por razones varias. De ahí que me aísle sin eufemismos. El personal

que me rodea no me interesa de una manera especial. Los míos —parece una frase bíblica— ya no sois de este mundo, sino que formáis parte de mi pasado.

La gente en la actualidad parece tener un solo objetivo: no pensar. Desconoce lo que supone una introspección y, por tanto, la crítica y la autocritica. No calculas hasta qué punto resulta difícil mantener con ellos una conversación medianamente coherente; un intercambio de ideas. Ni saben ni les interesa intentarlo. Por eso te hablo de seres gregarios que siguen, a estas alturas, saliendo en pandilla. Como si hubiéramos vuelto a los dieciséis, a los guateques y a telefonar con ansiedad cada tarde en cuanto terminábamos de almorzar:

—¿Qué hacemos?

Nos era indiferente lo que nos proponían. Nos apuntábamos a un bombardeo para tratar de evitar, a todo trance, la soledad. Necesitábamos, como el aire, el grupo, porque nos proporcionaba una seguridad de la que carecíamos. Seguimos en lo mismo. Parece que esa creencia generalizada de que todos con la edad nos hacemos más selectivos no va con ellos. Por eso organizan cenas de dieciséis personas —cuantos más, mejor—, ya que esto proporciona una quimérica compañía sin tener que hablar de nada que exija una implicación u opinión personal. Como cuento con la suerte o la desgracia de no aburrirme nunca sola, no veo la necesidad de retrotraerme cuarenta años atrás, cuando a todos nos parecía imprescindible demostrar la inefable habilidad que poseíamos para romper silencios embarazosos y conseguir, así, convertirnos en chicas y chicos muy populares.

—Tú ¿estudias o trabajas?

¿Sabes? Cuando, todavía hoy día, la gente bien educada —es decir, diez de cada tres mil— insiste en mantener las formas y procede a presentarnos a alguien: «Mira, Be-

goña: no sé si os conocéis. Te voy a presentar...», es entonces cuando me invaden unas ganas irreprimibles de decir lo que siento:

—No te preocupes. No lo hagas. Yo ya no tengo edad de que me presenten, sino de todo lo contrario. Lo que de verdad pretendo es que me despresenten.

Capítulo 2

Me resultó durísimo acostumbrarme a vivir sin ti. Máxime cuando este lamentable hecho se produjo, otra vez más, a raíz de una nueva trampa perpetrada por tu abominable mánager. Un ser indeseable que, como todos sabíamos —excepto tú mismo—, una vez sacó provecho de ti en el más amplio sentido de la palabra, te dejó tirado como si fueras una colilla.

Mientras tanto, se nos había hecho tarde para volver. Como siempre, mal aconsejado, me echaste un pulso pensando que, al estar loca de amor por ti, más pronto que tarde regresaría a tu lado. Se trató de un error de cálculo que dio al traste con nuestra convivencia. Cuando alguien conoce —aunque sea de lejos— el significado de la palabra «dignidad», existe una línea que su ética no le permitirá sobrepasar en ningún caso.

Pero no transcurrió mucho tiempo sin buscarnos el uno al otro. Salimos de nuestra guarida portando una bandera blanca en la mano, en son de paz. Fueron tiempos de una continua comunicación telefónica, de palabras de amor enviadas el uno al otro a través de SMS. También supuso la vuelta a unas citas clandestinas en Barcelona, donde, ya por entonces, estabas instalado.

Tú procurabas hacerte el duro para disimular la pesadumbre de nuestros intermitentes y siempre breves encuentros. Y, a través de la tristeza de las despedidas —o quizá por ella—, redescubrimos juntos el placer de transgredir, algo a lo que ambos fuimos siempre proclives. Nada más normal que el hecho de que un matrimonio se viera. No existía razón jurídica o moral alguna que recomendara

celebrar nuestros encuentros a escondidas. Excepto un amor propio mal colocado al que ni tú ni yo éramos impermeables. También la rémora que supuso el tener las cámaras detrás nuestro todo el tiempo que vivimos juntos. Fue ésta la causa de que nuestro gran desencuentro se hiciera de dominio público. Realmente era imposible bajarse del caballo cuando esa cesión contaba con carácter público y no privado.

Te recuerdo que se trató de unos medios de comunicación a los que ya habíais dado que hablar. Vosotros utilizabais constantemente a la prensa con el fin de hacer caja. Tú haciendo gala de una bravuconería y una incontinencia verbal repulsiva y senil. Yo me limitaba a defenderme utilizando una ironía que no fue, en absoluto, comprendida. Como bien dice una amiga mía, «España es un país en el que la ironía no se entiende». Muy por el contrario, la gente tiende a creer que es el equivalente a un acertijo: «Oro parece, plata-no es... ¡Plátano!...»

Se me hizo eterno este periodo de tiempo, aunque, en realidad, no lo fue tanto. De pronto, me vi conmocionada por la noticia de tu muerte. Pretendo pasar de puntillas sobre ella. Me niego a ahondar en detalles que se refieren a toda una serie de personajillos de comparsa que quisieron chupar rueda y ganar —otra vez más— un dinero a cuenta de tu desaparición. Hacía un par de días que había hablado contigo y, al encontrarte particularmente bien, al oír tu sonora y espontánea carcajada, no era algo que, en aquellos momentos, supusiera inminente. Siempre que pierdo a una persona querida, la primera dificultad con la que me encuentro es la de creerlo. Si no lo acepto es imposible dar el siguiente paso lógico: comenzar a asumirlo. ¡Lo cierto es que la ausencia resulta tan inexplicable como la eternidad! Es entonces —cansada de sufrir— cuando soy más consciente de que el consuelo no supera el espejismo. Después de la incredulidad y el mazazo, fueron muchos los esfuerzos que me vi obligada a acometer para neutralizar el dolor y

resistir la urgente tarea de recurrir al bloqueo emocional — ser fuerte resultaba insuficiente— para afrontar la realidad. Una realidad que, en aquel preciso momento, llegaba acompañando a una visión fantasmagórica. Me refiero a un catafalco que ya contenía tus restos mortales. Con una obscena falta de pudor —mucho más obscena que cualquier tipo de pornografía al uso—, una cámara iba mostrando tu rostro —con morbosa lentitud— y tu cuerpo sin vida. No se trató de algo opcional. Tanto el que quiso como el que no, se asomó como un abominable *voyeur* a una pantalla televisiva de más o menos pulgadas para contemplar tu cadáver. El que tu ex mujer había expuesto con una total ausencia de respeto.

También me resultó vomitivo escuchar todo tipo de frases hechas y lacrimógenas que derrochó tu heredera universal. A tal punto la traicionó el subconsciente dejando constancia de la ausencia de lucidez que preside su existencia que, por expreso deseo suyo, en tu funeral, fue interpretada al piano la inolvidable canción de Gilbert Becaud «Et maintenant».

No era preciso ser muy perspicaz para captar una inequívoca realidad que todos y cada uno de sus gestos delataron. Por supuesto, no sabía cómo organizar el duelo para conseguir rentabilizarlo al máximo. Supongo que, por un segundo, pudo preguntarse qué hacer con su nuevo marido. Pero, al carecer de autocrítica, resolvió la duda en un santiamén. Le otorgó la categoría de afectado deudo y nos quiso hacer creer que, después de ayudarte a bien morir, lloraba la pérdida de su amigo y maestro. ¡Si tú abominabas de él! El tipo —con un descaro difícil de igualar— debía cuestionarse en el fondo de sí mismo qué pintaba allí.

Me resultaba imposible no imaginarte presenciando una escena dantesca y con un ataque de lógica indignación. Me consta que, de haber podido hacerlo, te habrías levantado del catafalco para pegar un par de hostias a todo bicho viviente que lloriquease en tu despedida. Puede ser

calificado como una fijación en tu vida, pero me consta que exceptuando un reducidísimo grupo de personas siempre ajeno a tu familia, en todas sus modalidades —de sangre, de conveniencia o de convivencia—, te sobraba un enorme porcentaje del público que allí se dio cita. Y es que cada cual es muy libre de creer o hacer lo que prefiera, pero la cruda realidad es que todos ellos te caían, no mal, sino fatal.

Nunca me he alegrado tanto de haber tomado, en el último momento, la determinante decisión de no acudir a un anunciado aquelarre. Me vi obligada a apagar mi teléfono móvil, ya que echaba, literalmente, humo. Algunas amigas, de vez en cuando, me hacían el favor de encenderlo y contestar. A través de las conversaciones que ellas mantenían con unos y otros, pudimos comprobar con auténtico pánico hasta qué punto los medios —y, sobre todo, aquellos que los manejan, aunque fueran anónimos— me presionaban para que asistiera a tu funeral. Desde el punto de vista de todos los que buscaban la confrontación se entiende. Tanto a algunos medios como a los que querían utilizarlo para fines lucrativos les venía de perlas no perder la ocasión de obtener carnaza fresca con la que llenar de contenido sus lamentables programas, sus páginas y sus bolsillos.

Con rotundidad, comencé a explicar que no estaría en Barcelona para hacer el juego a nadie, que la única persona que me importaba eras tú y ya te había perdido. Al ser muchos de ellos colegas, intentaba atenderlos con simpatía. En un determinado momento, y como venía a cuento, comenté que tú y yo no estábamos divorciados. Pero nadie me brindó la oportunidad de explicarme, de continuar mi discurso. En aquel momento, a ellos, como a otros muchos, únicamente les interesaba preparar la puesta en escena más comercial y siniestra posible para un heterodoxo sepe-lío.